

Colombia en la encrucijada: dilema entre la guerra y la paz en un contexto de internacionalización del conflicto

Por Mauricio García Durán S.J. Director del CINEP.
direccion@cinpe.org.co

La muerte del comandante de las Farc Raúl Reyes en territorio ecuatoriano y la tensión internacional que se desató a partir de este hecho, que todavía no acaba de resolverse totalmente, es una expresión clara del proceso de internacionalización del conflicto colombiano. No sólo las fronteras se han vuelto estratégicas para los actores involucrados o afectados por la dinámica cambiante del conflicto armado (uso de la frontera por los grupos armados, particularmente la guerrilla; población desplazada que busca refugio en el otro país; canales para el tráfico de droga y armas), sino que la manera como se percibe el conflicto colombiano es bien distinta en los gobiernos de los países vecinos a la que tiene el nuestro. Como se vio claramente en las gestiones diplomáticas en la OEA para resolver la crisis fronteriza, los países del continente, con excepción de Estados Unidos, no aceptan una acción de "legítima defensa" que implique la violación de la soberanía territorial por un país vecino, acorde con los principios de la guerra preventiva utilizados en la campaña anti-terrorista liderada por el presidente Bush.

Ahora bien, las tensiones con los países vecinos no sólo son consecuencia de la internacionalización del conflicto armado, sino que también están alimentadas por el tipo de política exterior que ha promovido el presidente Uribe en sus seis años en el Palacio de Nariño. Ésta se ha centrado en una relación privilegiada con los Estados Unidos, más específicamente con la administración Bush y no con los Demócratas, descuidando de una manera peligrosa las relaciones con los países vecinos y también en gran medida con Europa. Por otro lado, en la dinámica de polarización política se ha perdido una de las características más preciadas de la diplomacia colombiana: contar con una política exterior de consenso. Igualmente, el Gobierno ha caído en la tentación de hacer un uso clientelista de los puestos públicos en el servicio exterior. No es, por tanto, una sorpresa que Colombia se encontrara mal preparada y en gran medida solitaria en el momento de enfrentar una crisis como la que se produce con Ecuador.

Cuando se hace un análisis más detallado de la dinámica de la confrontación armada, no obstante los golpes militares a las Farc y los errores políticos de éstas en el último tiempo, se puede percibir que la derrota militar de las Farc no está tan cercana como lo quisieran algunos sectores allegados al Gobierno. No sólo el nivel del enfrentamiento armado creció de manera significativa durante el año 2007, sino que detrás de la dinámica de la guerra continua una guerrilla todavía con presencia nacional y unos grupos paramilitares que también "siguen ahí", ya sea como

“disidentes, rearmados o emergentes”; más grave aún, ambos lados siguen recibiendo los cuantiosos recursos del narcotráfico sin que la guerra en su contra muestre los resultados esperados. Adicionalmente, un indicador preocupante de la persistencia de una confrontación crecientemente degradada son las violaciones a los Derechos Humanos y al Derecho Internacional Humanitario, cuyas tendencias son preocupantes en el último semestre del año pasado, y que se reflejan en los niveles de desplazamiento forzado por causa del conflicto, los cuales siguen considerablemente altos.

...en la dinámica de polarización política se ha perdido una de las características más preciadas de la diplomacia colombiana: contar con una política exterior de consenso...

Por otra parte, el presidente Uribe cuenta con unos niveles de popularidad que le permitirían avanzar hacia salidas audaces de paz si quisiera hacerlo. Sin embargo, ello requeriría un cambio en la lógica política que ha dominado su Gobierno en estos seis años. Entre otras cosas, demandaría aceptar que no es suficiente una salida militar para el conflicto armado, y que se requiere además una salida política y negociada que involucre a todos los actores armados, así como los distintos sectores sociales y políticos. Más cuando la crisis de la *parapolítica* está afectando de manera tan profunda a las instituciones políticas, particularmente al Congreso. Un acuerdo humanitario debería ser el primer paso en esa dirección.

Se requeriría además una política exterior distinta, manejada de una manera más profesional, consensuada políticamente y abierta a fortalecer las relaciones con nuestros vecinos. Pediría también un reconocimiento más claro del papel de la sociedad civil en la construcción de alternativas para el país, valorando una movilización social que consolide la participación y la democracia. Sin embargo, no es claro que el presidente Uribe vaya a emprender este camino hacia una paz duradera y sostenible, antes bien, parecería más inclinado a buscar una nueva reelección que garantice la consolidación del proyecto político que se ha venido impulsando desde el Palacio de Nariño.

Los artículos del presente número de Cien Días nos ayudan a comprender, por tanto, el contexto más amplio en el que se ha dado la crisis diplomática por el ataque colombiano a las Farc en territorio ecuatoriano y las dificultades persistentes para alcanzar un acuerdo humanitario que resuelva el drama de los secuestrados.